

RESTITUCIONES

1

LOS HUAQUEROS

Escenografía:

Espacio amplio. Centrado, un montón de tierra roja, producto de la excavación en busca de un entierro precolombino. Se observan dos horquetas que soportan una guadua sobre la cual pende una polea y, de ésta un lazo que sostiene un balde para extraer la tierra. Hay en el suelo dos mochilas, una ruana y una chaqueta. Al lado derecho, dentro del hoyo, una escalera.

Decorado, al fondo, un añoso guayabo y dos matas de zarzamora.

Atmósfera:

Los huaqueros vestidos con prendas sucias y descoloridas; su trato es amistoso y familiar. Con ellos un niño. Atardecer de verano con arreboles.

Personajes:

Valeriano: huaquero de cincuenta años, mocho de la pierna derecha.

José: huaquero de treinta años.

Lucho: muchacho de 11 años.

Alma del padre

Alma de la madre

Alma de la niña

Orfeo

Alma errante

La Llorona

Valeriano: Esta huaca parece haber sido sacada hace algunos años; la tierra está suelta y muy revuelta (*Como le falta la pierna derecha, arrastra el culo hasta alcanzar la escalera de guadua, de aproximados dos metros, que llega a la base del pozo*). Creo que se abre a una cámara. Ahí la pared está más firme y la “pinta” es distinta.

Lucho: ¿Puedo bajar? Le ayudo a llenar el balde mientras barre.

Valeriano: Es peligroso para los niños; se nos puede venir encima. Más vale, vigile... (*Lo mira fijo con el ojo derecho, bueno; el otro, permanece nublado y gris, como almendra del café seco*).

José: ¿Por qué no va a traer a la casa aguapanela con limón? Regrese con luz que tiene que pasar por el mameyal. Recuerde

que ahí salen fantasmas. Dígale a misiá Pola que nos vamos a demorar. Traiga linterna.

El niño se agacha y recoge una mochila.

Lucho: Bueno (*Sale*).

Valeriano: Aquí se abre la cámara. (*Pausa*). Allí debe estar.

José: ¿Bajo?

Valeriano: Espere a que llegue el muchacho; mejor no estemos los dos acá abajo... Mire lo que encontré (*Abre la palma de la mano, muestra algo blanco y lo pone en el balde. José hala el lazo para subirlo, haciendo girar la polea*).

José: Son conchas.

Valeriano: Un collar (*Pausa*). Tíreme un cigarrillo prendido que esto está muy frío (*Disminuye la luz*).

José: Ahí va (*Lo mete al balde; lo baja*).

Valeriano: Se está oscureciendo; pásame el mechero y la candela.

José: ¿Por qué no, mejor, tapamos la huaca y seguimos mañana por la mañana? *(José se asoma al decirlo, y ve alumbrar la punta del cigarrillo aspirado por Valeriano).*

Valeriano: Sigamos. ¿Nos queda algo de fiambre?

José: No; Lucho debe estar por llegar. Ya oí ladrar al perro *(Levanta la vista en dirección al camino que tomó el niño).*

Valeriano: Un poco más de tierra.

José: *(Haciendo girar la polea) Vamos, pues (Vacía la tierra y baja la lámpara; separa la tierra, la examina con cuidado encontrando unos tiestos. Vienen unos pedazos de cerámica).*

Valeriano: Creo que son de un poporo.

José: Por ahí debe estar la nariguera.

Valeriano: Suba el balde; ahí van más.

José: *(Sube el balde, lo vacía; baja el balde. Examina la tierra: vienen otros pedazos de cerámica, el lado curvo de un cuenco, el borde de una ollita fina).* Por lo menos hay indicios.

Entra el niño.

Lucho: Misiá Pola mandó arepas; y café, para que se mantengan despiertos.

Sube Valeriano. Una ráfaga de neblina los envuelve. Toman los alimentos.

Valeriano: Te dije José: yo no creo en los sueños, pero tampoco dudo de ellos...

José: ¿Aquí soñó que ardía la huaca?

Valeriano: Sería de tanto oír a los mayores.

José: Pero ¿aquí fue?

Valeriano: Sí, al lado del guayabo; donde estamos; y ya ve...

José: Sí.

Valeriano: Acuérdesese de la fondita que tuve en el cruceiro.

José: Sí, me acuerdo.

Valeriano: Le voy a contar, pues: yo estaba en la pesebrera de Sebastián en Dagua, y oí a unos salvadoreños contar un sueño, y decían que sí, que Pascual, que habían soñado que en tal lugar había una huaca; pero que no eran tan tontos para creer en todo lo que soñaban. Yo esperé mi tiempo y a los meses fui por ahí, y me saqué el entierro y me compré esa fondita. Lo que pasa es que plata de huaca no dura..., tiene su vaina. Usted sabe...

José: Sí.

Tras la pausa del café, baja José; Lucho ayuda a subir el balde. Traquea la polea y se oye deslizar el lazo. El niño se aprieta los labios al esforzarse por el peso de la tierra que contiene el cubo. Lo vacía al lado; se echa salíva en las manos y lo vuelve a bajar.

Valeriano: *(Viendo el gesto de Lucho)*. No vaya a tragarse ni una pizca de tierra porque se le mete el espíritu de los muertos.

Lucho: *(Se pasa el dorso de la mano derecha por los labios, apretándolos). No. (Queda asustado).*

(Pausa)

(Recobrándose). Ahí va... ¿Qué han sacado?

Valeriano: *Unos tiestos. Están sobre la ruana. (Saca del bolsillo de la camisa un objeto pequeño desportillado y se lo pasa a Lucho).*

Lucho: *(Ensimismado) ¿Qué es?*

Valeriano: *Un huso para hilar.*

Lucho: *¡Ah!*

José: *(Apurándolo). Rápido que nos traga la noche.*

Se oye, un relincho lejano; se oye berrear unos chivos.

2

EL ENCUENTRO

Al interior de la huaca. Valeriano coloca el cepillo de alambre para raspar la tierra a su espalda, y pasa su mano derecha, ancha y callosa, vertical, deslizándola haciendo un pequeño montón a su izquierda descubriendo el hueso frontal de una calavera. Los dientes de ambos maxilares se ven desgastados y desajustados, pero completos; las órbitas oculares, las conchas y cavidades nasales, orificios auditivos y cavidades bucales llenos de tierra. Prosigue escarbando hasta descubrir totalmente el esqueleto extendido; no en posición fetal. A su lado aparece otro, mediano y los huesos dispersos de uno más; pequeño. Corresponden a un hombre y a una mujer adultos y, el tercero, a una niña; contemporáneos. Se había utilizado un antiguo hoyo para enterrarlos. Del interior de la cámara sale un vago brillar.

Valeriano: *(Grave). Ya me lo temía. (Tiene el cepillo en la mano izquierda y con la derecha se acomoda el viejo sombrero de fieltro café).*

Lucho: *(Asustado pregunta desde arriba) ¿Qué vamos a hacer?*

José: Volver a enterrarlos.

(Silencio).

Lucho se asusta. En el silencio se hacen notorios los ruidos de la noche: los grillos, las ranas, el morrocó; pisadas, chamizas quebradas, respiraciones.

José: Yo escuché la historia de una familia que vivía aquí en esta montaña, y la mataron en la época de la violencia.

Lucho: ¿Hace mucho?

José: En la época de la violencia de los partidos.

Valeriano: Los mataron a machete, por las huellas en el cráneo y en los huesos. Me extraña que estuvieran a tanta profundidad, cuando en esos días pasaban arrasando y quemando.

José: Eso fue por los años...

Valeriano: *(Interrumpiendo)*. En los cincuenta.

Un poco de tierra se desprende de una de las paredes de la huaca. El perro chilla –en off-. Luego se le escucha ladrar más débil, y más débil hasta callarse el ladrido.

Valeriano: Este corte en el cráneo es de un machetazo; y éste otro, partió la columna. Le hicieron “el corte franela”; lo decapitaron.

Lucho: *(Con voz trémula)*. ¿Era el papá?

Valeriano: Sí. A la señora le cortaron la clavícula. *(Pausa)*. *(Dirigiéndose a Lucho, trascendental)*.

Usted es muy joven aun; tendrá que aprender que el mundo es viejo; que han ocurrido cosas muy graves.

José: A la niña si no. ¿Qué le habrán hecho?

Lucho: *(Con frío y temeroso)*. Informemos a la policía. Vamos a la inspección.

José: Debemos enterrarlos porque si no, no nos dejan seguir “guaquiando”.

Valeriano: ¡Vé!; aquí hay un gancho del pelo de la niña. Tendría unos trece años; no era tan pequeña.

Tres cintas blancas comienzan a girar en la huaca y ascienden, trezándose en una sola, que sale enredándose en la copa del guayabo, recubierto de musgos y parásitas. Los huaqueros y el niño se quedan atónitos mirando el extraño suceso.

3

DIALOGO DE LAS ALMAS

Tres personajes, una pareja adulta y una niña, envueltos en sábanas blancas, con máscaras blancas, dialogan al fondo del escenario, sobre una tarima que sobresale del decorado anterior, como entre nubes.

Alma del padre: Al fin nos liberaron.

Alma de la madre: Las oraciones.

Alma de la niña: ¿Dónde estamos?

Alma de la madre: Uno se demora en morir.

Alma del padre: *(Sin ubicarse)*. Estamos desencarnados; estamos entre los vivos y los muertos.

- Alma de la niña: *(Con alegre sorpresa)*. Oigo una flauta.
- Alma de la madre: Tu tío tocaba ocarina. *(Pausa)*. No tengo cuerpo pero huelo la humedad de la montaña, siento el paso de la neblina. Veo una gran luz, muy blanca; un resplandor.
- Alma de la niña: *(Entusiasmándose)*. Mamá: la flauta. Es la música. ¿Qué lugar es éste?
- Alma de la madre: *(Serena)*. Ha de ser parte del camino que debemos recorrer. Una floresta, por ahora.
- Alma de la niña: ¿Qué nos pasó?
- Alma del padre: Los bandoleros.
- Alma de la madre: Pero, si eramos tan pobres.
- Alma del padre: *(Viendo a los huaqueros)*. ¿Qué le decimos a estos hombres? ¿Qué debemos hacer?

Alma de la madre: *(Como era en vida, asume la dirección)*. No es necesario; ellos nos están oyendo. *(Pausa)*. Debemos aprender la nueva vida. Otra más...

Alma del padre: *(Sin reconocer su estado)*. ¿Cómo, hablamos, si no tenemos labios?

Alma de la madre: No importa, tampoco nosotros estamos hablando lengua mortal. *(Pausa)*. Pensamos y nos comunicamos; ellos nos entienden *(Pausa)*. Son vibraciones del alma.

Alma de la niña: *(En un estado de euforia, parecido a la felicidad)*. Mamá, ¡la música! La siento más cerca, como viniendo del río, como entre el bosque, por los mameyes.

(Pausa)

Allá de noche, aquí de día; al mismo tiempo en las dos partes; ¿por qué?

Alma del padre: Yo no la escucho.

Alma de la madre: No todo lo que ocurre es percibido por todos; hay fenómenos que unos perciben y otros no; además apenas somos almas en tránsito.

Alma del padre: En tránsito, ¿hacia dónde?

Alma de la mujer: Hacia dónde, no sé; pero vamos; y ¿tu fe?

Alma del padre: Lo que iba a ocurrir, ya ocurrió. No sé nada; sólo sé que no debo mirar a atrás. *(Pausa)*. Es el nuevo instinto que siento.

Alma de la niña: ¡Mamá! *(Pausa)*. La música.

4

ORFEO

Decorado de mandules y mameyes. Vestida de blanco, con máscara blanca, el alma de la niña camina por una rosaleda; en dirección contraria se acerca Orfeo, soplando la flauta con la indumentaria de un pastor griego, barba larga y abundante.

Alma de la niña: Qué música (*Pausa*) más bella.

Orfeo: (*Algo indiferente*). No es música; es el dolor.

Alma de la niña: ¡Qué flauta!

Orfeo: No es la flauta; es la pena.

Alma de la niña: Como una quena, como un rondador, como una ocarina. (*Pausa*). El dulce viento con que dicen las almas sus sentimientos.

Orfeo: (*Tornándose comunicativo al descubrir la belleza de la niña, y el sentido interés por su música*). ¡Ay! niña. Antes era dulce, cuando caminábamos mi bienamada y yo por la floresta y gozábamos de nuestro encuentro, de la oportunidad de nuestra presencia; antes de la serpiente...

Toca la flauta. Luego mira hacia el infinito, como columbrando distancias físicas y distancias interiores. Toma la flauta con la mano izquierda y extiende la derecha, en diagonal, hacia arriba, diciendo:

Entre las nubes tejidas,
dulce geometría
del amor.
Suavidad
del mar en la playa,
Amor;
y pájaros y flores,
sílabas de arena,
Amor;
arrullos de palomas,
sabor a mango,
Amor;
y paz serena,
luz
en la pupila,
en la palmera,
Amor;
y abrazar y soñar.

Alma de la niña: (*Suspira*). Hay dulzura en sus palabras y en sus notas.

Orfeo: (*Aclara*). No, hija mía. Resignación...

Alma de la niña: ¿Por qué?

Orfeo: Los dioses me dieron la oportunidad de reencontrarme con mi amada Eurídice en “El Más allá”, y regresar con ella; fui, la encontré, y volvimos, pero falté a la promesa. *(Pausa)*. La perdí para siempre.

Alma de la niña: ¿Cuál promesa?

Orfeo: De no voltear a mirar atrás; tuve miedo de que “algo” le pasara y volteé. *(Pausa)*. La perdí; por eso lloro.

Alma de la niña: Todo su sentimiento lo transforma en belleza; seguro ella lo está escuchando en el lugar donde se encuentra. ¿No es así?

*Orfeo encuentra melodiosa la voz de la niña; siente que La Música es la niña.
Lo invade un cálida sensación.*

Orfeo: ¡Ay! niña

Alma de la niña: ¿Por qué le pusieron esa prueba?

Orfeo: “Ellos”, aquí también siguen jugando con las
almas. Este es el otro lado, pero todo es lo mismo;
como es arriba es abajo; como es adentro es
afuera. *(Pausa)*. Aunque algunas almas logran
salirse del juego, cruzar la O.

Alma de la niña: ¿Del juego?

Orfeo: Logran el desapego y consiguen la paz; ese
estado de unión al Todo, fundidas
armoniosamente, pero a mí, el Amor, ¡ay!

Se oye piar gorriones, el canto de la mirla.

Alma de la niña: ¿Gorriones? ¿Olleros?

Orfeo: Las almas de los niños poetas.

(Pausa)

Nacen para cantar, y si mueren niños, deben seguir cantando hasta decir todas sus sílabas; o vuelven a nacer como músicos, escritores, artistas; o regresan convertidos en grillos, chicharras; en agua que baja por las montañas cantando.

Hace una pausa y toca la flauta.

Alma de la niña: *(Maravillada)*. El soplo de su flauta hace florecer las hortensias, las dalias, las margaritas, los claveles, las orquídeas, las rosas, los anturios; cantar a las aves; vuelve mansas a las fieras; alivia el sufrimiento; alegra.

Orfeo: Ay. Niña, si supieras...

(Pausa)

¡Ay, destino doloroso y funesto!

¡Ay, ley severa, dura, inexorable!

¡Ay, fuerza oculta, cruel e implacable!

Y el eco repite: "¡Cruel y funesto!"

5

LA CÁRCAVA

Orfeo invita a la niña a sentarse junto a él, sobre un pedrón. El Alma errante.

Orfeo: *(Patético)*. Mira, hija, de dónde vienes...

Alma de la niña: Donde miro todo lo veo igual; ¿cómo he de distinguir la que fue mi tierra? Soy un punto diminuto flotando en el infinito.

Orfeo: Allí, donde están los dos campesinos y el niño. El túmulo.

Alma de la niña: ¡Ah!, la gente. No veo otra cosa que la muerte; humus...

Orfeo: Mira tu región desde aquí; se ven sus ondulaciones, sus selvas, sus depresiones, estoraques y montañas. Mira, El Boquerón que arroja la neblina; mira la cárcava, el derrumbadero

rojo cubierto de helechos. Incluso se siente el hedor de los animales muertos, y se ven blanquear sus esqueletos, escucha las voces dolorosas; mira los gestos obscenos de esa turba de diablos. *(Pausa)* ¿Tu mente los ve? Ese cometierra es un vacío que ha quedado entre los mundos.

(Pausa)

Mira al occidente las juntas de los ríos, cómo aumenta el caudal, recibe otros afluentes y llega al mar. ¡Es el Pacífico!

Alma de la niña: *(Con leve nostalgia)*. Recuerdo esos potreros, esos ríos *(Pausa ansiosa)*; pero ahora sólo veo guerra. *(Pausa)*. ¡Ay! Orfeo...

Orfeo: *(Insistente)*. Por el guayabo donde florecen las orquídeas pequeñas, amarillas.

Alma de la niña: *(Con claridad pasmosa)*. ¡Ay! mis restos; nuestros restos. Ahora veo cuando nos mataban... *(Pausa)*. ¿Cómo es posible? Me estoy viendo...

Orfeo: No todos pueden verlo; tú sí. Acuérdate de Epicarmo: “La mente vé, la mente oye, lo demás es ciego y sordo”.

Alma de la niña: ¡Ay! mi padre, ¡Ay! mi madre ¡Qué triste el mundo!
¡Qué triste la tierra!

Alma errante: *(Una voz, en off)*. ¡Qué pena que sólo vamos de error en error; que de error en error pasamos por la tierra. Somos carne; ¡barro lleno de angustia! *(Pausa)*. Y, entre las almas, ¡fuegos fatuos esperando cumplir los misterios del ciclo!

Orfeo: *(Asumiendo un tono sentencioso)*. Sin solidaridad, sin compasión, la vida es, en todos los lugares, cruel y despiadada.

(Pausa)

(*Señalando hacia otro lado*). Mira aquí, mira allí: lo mismo.

Alma de la niña: ¡Ay! Orfeo. Estoy muerta y estoy viva...

¡Orfeo! ¿Esa que está allí naciendo, no soy yo?

Orfeo: Bien lo ves; eres tú.

Alma de la niña: ¿De otros padres?

Orfeo: Sí; de otros padres.

Alma de la niña: ¿Por qué? (*Pausa*). No lo entiendo.

Orfeo: Lo inmortal no es para morir. Vuelves a la tierra a cumplir la parte de vida que te quitaron. (*Pausa*). Sino tendrías que transitar los senderos de las almas por muchas generaciones; por muchas más... Y tendrás nuevos hermanos y nuevos amigos que nacerán del dolor, porque así perviven y retoñan las almas que mueren injustamente.

- Alma errante: *(En off, con voz lastimera)* ¡Qué pena!
- Alma de la niña: ¿Qué pasó con los que nos mataron?
- Orfeo: Tendrán pezuñas; no volverán a la tierra. No te los volverás a encontrar; siguen tortuosos caminos. Reencarnarán con sangre fría y seguirán devolviéndose a los profundos abismos, por vidas -y por vidas-, por los siglos de los siglos.
- Alma de la niña: Si de esta altura se ven todas las cosas, ¿por qué no las evitan los Espíritus Superiores?
- Orfeo: Porque esta altura es espiritual y no física; porque la condición de las almas está construida sobre el albedrío, pero el hombre no se prepara para lo eterno.
- Alma de la niña: Depende de lo que hacemos. Y mis padres..., ¿cómo he de tener cuatro padres?
- Orfeo: No te asustes ni te asombres; como ramas del mismo árbol que se alimentan de la misma raíz y

da una sólo sombra. Son medios humanos para encarnar a las almas.

(Pausa)

Donde tu estés, estarán contigo; no te faltarán. Aprenderás la comunión de las almas; la dimensión fractal.

Alma de la niña: Quisiera nacer para la paz, no para el mal, ni la venganza.

Alma errante: Los días no tienen voluntad pero sus leyes se cumplen; pero, ¿por qué debo ser lastimada? Más quisiera que el tiempo tuviese voluntad para poder implorar que sus designios cambiara.

Alma de la niña: ¿De qué se queja esa mujer tan doliente, con ese lamentar tan triste?

Orfeo: *(Interrumpiendo la melodía que interpretaba).*
Parece lúcida pero ha perdido la razón. Va como

loca, de un lugar a otro. Está presa de la desesperación por la pérdida de su hijito.

(Pausa)

Me entristece oírle lamentarse; tremolan las fibras de su alma rasgándose en su obsesión, como si todas sus vidas fueran insuficientes para calmar su aflictiva pena. ¡Ay! Dolorosa.

Alma de la niña: La guerra; siempre la guerra.

Orfeo: La vida y la muerte están hechas de lo mismo: necesidad y libertad; transmigración y restitución. Es doloroso, ¿no? Se existe para siempre.

(Pausa)

Siempre terminar para volver a empezar; puntos de llegada convertidos en puntos de partida; como vuelven al cuerpo el hambre y la sed: ¡Restituciones!

- Alma de la niña: ¿Encontrará a su niño?
- Orfeo: Si lo encuentra podría no reconocerlo porque paradójicamente la locura es su salvación. Hay límites del dolor que la criatura humana no puede soportar. ¡Ay! dura realidad; errará como alma en pena.
- Alma de la niña: ¡Oh!, ya comprendo la causa amarga: pierde la razón por el amor maternal; para ella no hay día, ni noche. Hay exigencias imposibles en la vida terrenal y en ésta. ¿Tiene al menos la esperanza de la muerte?
- Orfeo: Hay madres que aun después de muertas conservan su figura y siguen buscando sus hijos sin ser vistas.
- Alma errante: ¡Ay! ¿Por qué debería ser lastimada? ¡Ay! misterio espantoso. ¡Ay! los extraños, incomprensibles designios. ¡Ay! las fatídicas cadenas del azar.

(Orfeo sopla la flauta).

Alma errante: Al menos esta melodía; el rumor del río, esta floresta... ¿Cómo es posible? ¿Cerca de quién estoy? ¿Cómo puedo detenerme un segundo a escuchar el dulce viento, yo que tengo los pies anchos, deformes de no poder parar ni un instante en ningún lugar? ¿Yo, que tengo los oídos tapados por el polvo de los caminos?

Orfeo: *(Volviéndose a la niña, en tono paternal)*. Medita, cuenta las respiraciones, que el número revela, guía y evita la mentira. Recuerda que este es el camino para entender el verdadero mundo, el de las almas.

6

LA LLORONA

Decorado inicial. La huaca, el añoso guayabo, las matas de zarzamora, las pertenencias.

Valeriano: *(Sorprendido por la aparición y ascenso de las cintas blancas)*. En las huacas suceden cosas misteriosas.

Lucho: Tengo miedo.

José: Se acuerda del entierro que sacamos con Cholo; allí se oían voces, murmullos, conversaciones.

Lucho: Yo oí voces ahora. *(Pausa)*. Sí.

Valeriano: Las voces muertas hacen un ruido de alas, de hojas; cuchichean y hablan de sus vidas; cuchichean, murmuran y susurran. Uno las confunden con el viento; por eso de vez en cuando se escucha un grito.

(Pausa)

Yo reconozco entre las voces las de mis padres, la de Marcelino, Encarnación, Efraín, Fanny, Arcelio, Modesto, Heladio, Alejandro; reconozco su acento en el viento.

(Pausa)

Aunque se que antes de mil años no volveremos a estar juntos *(Valeriano dio la impresión de estar ausente)*.

- José: ¿Entonces?
- Valeriano: Uno tiene que entrar con alguna “contra”, porque si no se lo puede tragar la tierra; yo siempre cargo mi escapulario.
- José: No debe faltar la bendición.
- Lucho: *(Inquieto)*. Tengo miedo. Ahora vi un hombre de niebla.
- Valeriano: ¿De niebla o en la niebla?
- José: ¿Dónde?
- Valeriano: Las sombras ven sombras; ¿eres una sombra?
- Lucho: *(Levanta el brazo e indica las sombras)*. Tal vez un animal o un “Dueño del monte”. ¡Ay!, mamita. *(Se da la bendición)*.
- Valeriano: *(Inculpándose con brusquedad)*. Aquí salen “Los Espíritus de la montaña” disgustados porque hacemos ruido; y los indios, porque irrespetamos sus tumbas.

(Pausa)

Hay noches que del cometierra salen bichas; que de los hormigueros salen malvados con ramas urticantes de caspicaracho.

(Lucho se hace al lado de José).

Valeriano: No sé si lo digo bien; pero es lo mismo que otras personas vinieran a saquear nuestros cementerios. ¿No es así?

José: *(Sensible al hecho)*. Habrá que mandar a decirles una misa.

Lucho: *(Pasito)*. ¿Por qué?

José: Para que puedan descansar; para que nos perdonen... Hay que ayudarlas a alzar vuelo a las estrellas. Las oraciones acortan las penas.

Valeriano: A las Benditas Almas del Purgatorio.

Lucho: *(Asustándose de sus propias visiones y palabras)*. Cuando venía vi varias mujeres que iban por el camino, una detrás de otra, subiendo para La Cuchilla; iban vestidas de blanco. *(Pausa)*. Dejemos allí; vengamos mañana.

(Se oye un llanto de mujer).

La Llorona: *(En off)*. Todo no es más que humo y ruinas; ¿dónde estaba el rancho? ¿Dónde la roza?

(Pausa)

Donde antes había plátano, yuca, arracacha, maíz, frijol, ahora crecen gritos empapados de sangre. La tierra rezuma penas sanguinolentas.

(Pausa)

¡Ay! Las bellas mazorcas de maíz. ¡Ay! las cosechas... El choclo, las arepas.

(Pausa)

¿Dónde están los jornaleros?

(Pausa)

Aullo sola.

(Pausa)

Los trozos de los cuerpos parecen arrumes de leña. De los árboles penden hombres ahorcados; gatos y perros ahorcados.

(Pausa)

La cainada va entre sombras haciendo daño.

(Pausa)

Todo no es más que humo y ruinas.

(Pausa)

Graves serán las consecuencias de este daño.

(Pausa)

¿Dónde estaba la pieza de los muchachos? ¿Dónde dormía el niño?

(Pausa)

El tenía un balón; cuaderno para llevar a la escuela de Doña Inés; el lápiz... ¡Ay, niño! ¡Ay! casa. ¡Ay! escuela.

(Pausa)

¡Ay!, no hay; no están...

(Pausa)

¿Se habrá ido a pescar camarones por la quebrada?

(Pausa)

¿Por qué tanta palma de carey? ¿Por qué tanta de corozo? ¿Por qué tanto humo? ¿Por qué sale de la tierra tanto grito? ¿Por qué tantos quejidos?

(Pausa)

¿Será Caín arrepentido? Pero Dios no conoce el perdón con este ser por su maldad. ¡Qué raro!...

(Pausa)

La tierra rezuma, y arde; vomita la mala digestión de los cadáveres.

(Pausa)

Todo no es más que humo y ruinas; palmas de carey; árboles con animales ahorcados; las hierbas son las lenguas de los muertos.

(Pausa)

Vomita la bilis de la guerra. Devuelve los dolores convertidos en olores putrefactos.

(Pausa)

Por aquí oigo un niño, mi niño; mi hijo que me lo mataron.
Por aquí debe estar. Lo siento...

(Pausa)

¡Ay!, niño, mi niño.

(Pausa)

Hijo, faltándome tú, todo me falta.

(Pausa)

¿Dónde estaba yo? ¿Por qué no estuve con él para defenderlo? ¿Por qué corrí a esconderme? ¡Cómo no esconderme! ¿Cómo no esconderme cuando esos monstruos...?

(Pausa)

¡Ay! desdichada.

(Pausa)

Mi destino es buscarte; la esperanza, hallarte; eres mis pasos.

(Pausa)

¡Ay! Dios, sabes que una mujer sin sus entrañas es un cadáver errante. Complétame tú. ¡Ay! Natura, sonámbula voy; me lleva esta pena que me apura y que me quema. ¿Estará insepulto, roído por las alimañas o las fieras?

Lucho: ¿Oyeron eso?

Valeriano: ¿Qué?

Lucho: Una señora; ¿o los Espíritus de la montaña?

Valeriano: Cállese muchacho que el miedo crea fantasmas.

Lucho: ¡Por ahí viene!

Se escuchan pasos sobre la hojarasca.

José: A causa de la guerra muchas mujeres deambulan llorando
desesperadas

*Aparece una mujer mediana, flaca, con el cabello larguísimo y desgreñada,
con una batola blanca, rasgada y sucia detrás del guayabo.*

La Llorona: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¿No lo han visto por aquí?

José: ¿A quién?

La Llorona: A mi hijo (Mirando a Lucho) (*Pausa*). Como éste; pero más
chiquito. ¡Ay! mi niño. ¡Ay! mi niño. ¡Ay! mataron a mi
niño. ¡Ay! mataron mi niño. ¡Mi niño!

*Le da la vuelta a Lucho, mirándolo de arriba abajo con ojos enrojecidos y
desorbitados. La Llorona tiene la frente surcada de profundas arrugas, y las
mejillas recubiertas de lama verde y amarilla. El cabello tosco como crin le
cae a los tobillos.*

La Llorona: ¿Cuántos años tiene?

Lucho: *(Con susto)*. Once.

La Llorona: ¡Ay! mi niño.

Le toca la cara con las dos manos temblorosas y levanta la cabeza sin fijar la mirada en ninguna parte. Lucho siente que se congela. La Llorona sale por las sombras del decorado quedando un olor a ajo y a cebolla.

Valeriano: ¡Qué noche ésta!

Lucho: Tiene la ubre caída.

José: No es la ubre; son los senos.

Valeriano: Es lo mismo.

José: *(Sonríe)*. Sabrá la diferencia cuando conozca mujer.

Lucho: *(Sin darse por enterado)* ¿Ella va a volver? *(Pausa)*. ¿Por qué no nos vamos ya? De golpe me lleva... *(Pausa)*.

Nervioso). Se confunde y me lleva. Puede venir a llevarme.

José: *(Comprensivo)*. Va siendo hora de que nos vamos; mañana terminamos de tapar la huaca, ¿te parece?.

Valeriano: Debemos cubrir los huesos totalmente; se pueden caer los chivos; la yegua, los venados.

(Pausa)

La señora...

José: Venimos por la mañana; ya va a ser medianoche.

Lucho: Sí; vámonos ya.

José: ¡Chist!

(Pausa)

Oigo voces.

Lucho: ¿La señora? ¿Los Dueños del monte?

Valeriano: La Llorona hablando sola.

José: Alguien nos llama.

Lucho: *(Impaciente)*. ¿Qué va a pasar?

Valeriano: La señora del dolor.

La Llorona: *(La voz débil; en off)*. Todo no es más que humo y ruinas; ¿dónde estaba el rancho? ¿Dónde la roza? *(Pausa)*. Donde antes había plátano, yuca, arracacha, maíz, frijol, ahora crecen gritos empapados de sangre. La tierra rezuma penas sanguinolentas. *(Pausa)*. Los trozos de los cuerpos parecen arrumes de leña. De los árboles penden los ahorcados.

(Pausa)

Todo no es más que humo y ruinas. *(Pausa)*. ¡Ay niño!
(Pausa). ¿Se habrá ido a pescar? La escuela...

(Pausa)

¿Por qué tanta palma de carey? ¿Por qué tanta de corozo? ¿Por qué tanto humo? ¿Por qué sale de la tierra tanto grito? ¿Por qué tantos quejidos?

(Pausa)

La tierra rezuma, y arde; vomita la mala digestión de los cadáveres. *(Pausa)*. Todo no es más que humo y ruinas; palmas de carey; árboles con ahorcados; las hierbas son las lenguas de los muertos. *(Pausa)*. Vomita la bilis de la guerra. Devuelve los dolores putrefactos

(Pausa)

Por aquí oigo un niño, mi niño; mi hijo que me lo mataron. Por aquí debe estar. Lo siento... *(Pausa)*. ¡Ay!, niño, mi niño. Doña Inés; los niños, la escuela. Los que fueron la alegría.

(Pausa)

¿Le habrán cortado las piernitas a machetazos como a Marcial?

(Pausa)

¿Lo habrán dejado mochito?

(Pausa)

¿Estará tullido por ahí, solito, esperándome?

(Pausa)

¿Dónde estaba yo? ¿Por qué no estuve con él para defenderlo? ¿Por qué corrí a esconderme? *(Pausa)* ¡Ay! desdichada, ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!. ¿Por qué me sumergí en la tina del agua de lluvia? Allí bebí el agua amarga de estas lágrimas ¡Ay! infortunio; hora maldita...

(Pausa).

Todo cuanto veo son visiones. En todo niño veo mi hijo; aun lo veo con mi paso atropellado. *(Pausa)*. Vago errando

por los montes, los potreros, por las fincas y los ríos. *(Pausa)*. Oigo su voz aun en las piedras, el viento me confunde, las ramas me engañan. *(Pausa)*. Oigo una voz que me dice que lo encontraré. Sigo esa voz. Constante la voz; constante yo. ¿Quién soy yo?. Veo una luz lejana que aumenta mi tristeza.

Se oye "Triste indígena", obra coral del compositor Antonio María Valencia.

La Llorona: No conozco el cansancio; ya olvidé el cálido transcurrir de los días hogareños; tampoco tengo hambre ni sed, sólo tristeza. ¡Ay! la mesa donde nos sentábamos a comer, feliz encuentro de los días cotidianos.

(Pausa)

Ya no hay casas; entre los muros y las tapias sesteaba el ganado; o duerme, con su aliento hacendoso que a veces me calienta en las frías noches de invierno. A veces sé que desvarío.

(Pausa)

Me pregunto quién soy; no recuerdo quien fui. No me sangran las heridas que me hago entre las zarzas; sólo las lágrimas me acompañan y le pido a Dios que nunca me abandonen hasta encontrarlo (*Pausa*).

¿Dónde está el papá de todos?

(*Pausa*)

Lo oigo a él que me llama ¡Ay! niño, mi niño.

(*Pausa*)

¡Ay! hijito mío, no pierdas la alegría.

(*Pausa*).

¡Ay! no cambies de tu manera de ser... (*Pausa*).

Oigo sus gritos pidiéndome que lo ayude; vienen de algún lugar recóndito, de todas partes, sin precisar de dónde; vienen de las hierbas y las hojas. Siento latir su corazoncito, siento su miedo; pero solo encuentro

salteadores de tumbas, búhos y bimbos; oigo relinchos, y veo una yegua flaca y vieja que arrastra las crines trenzadas.

(Pausa)

Sería feliz aunque sólo encontrara su cadáver, o lo que queda de él, sus huesos, calcio de mi amor.

(Pausa)

En mi, de mi nació; se movió en mis entrañas, creció de mi sustancia, de mis sueños, de mi vida; mi ser lo alumbró cuando llegó el relámpago, cuando ese fulgor iluminó mi cuerpo.

(Pausa)

Yo lo parí, yo lo amamanté, yo comí el cordón umbilical y curé la herida.

(Pausa)

Lo vi aprender a caminar, recoger los huevos de las gallinas, ir a la escuela, por agua a Manantiales, y ahora sólo tengo lágrimas. ¿Qué se me hizo? ¿Dónde está? ¡Me lo quitaron! ¡Me lo mataron!

(Pausa)

No se lo que digo y contradigo; tengo fiebre. Desvarío. Quisiera aclarar la mente.

(Pausa)

(Estática, paralizada por la emoción). Me parece que nunca crecí, que nunca dejé la muñeca de trapo; que nunca he amado; que no sentí, hijo, placer al concebirte; que nunca estuve con aquel que te engendró; que mi cintura fue verde siempre; que no crecí ni me henchí para albergarte y darte el tiempo necesario; que nunca sentí los latidos de tu corazón, ni tus movimientos y acomodados en mi vientre; me parece que no me desgarraste, ni te sentí brotar de mis fuentes interiores; que aún espero tu llanto; que mis pechos no sintieron tus labios succionar los pezones; que mis senos no fueron manantial de vida, caudal de tu alimento; que mi piel no te dio calor de

madre; que mis brazos no supieron resguardarte; me parece que parí, para tu desgracia y la mía, sólo una nube que se deshace y me es imposible reunir. ¡Ay! me voy, me deshago, me diluyo, y no obstante mi niño me espera. ¡Ay! hijo, mi hijo...

(Pausa)

Lo que hace el Hombre, el Universo; ¡ay! recuerdo tan querido y fatal; cruel destino de la mujer de ser una y dividirse en dos, ausentándose de sí misma.

(Pausa)

En el viento va la voz de mi hijo, entre fantasmas. También yo soy una sombra del relámpago. Vuelo; me desvanezco.

(Pausa)

¿Se volverá a levantar la casa? (Se arrodilla y se inclina en un esfuerzo supremo). ¿Pasará el sufrimiento? Me lo quitaron, me lo mataron. ¡Ay! niño, mi niño.

(Pausa)

Solo el tiempo puede cortar la vida humana. Todo mal llama a otro mal, pero mi único quehacer ha sido la casa; nunca he tenido pereza, y lo engendré amando; entonces, ¿por qué me cae a mi esta desgracia?

(Pausa)

¿Qué fuerza me llevó a esconderme? ¡Esa misma fuerza debería hacerlo aparecer! ¡Cuántas madres han encontrado sus hijos!; ¿por qué no yo? Si no es con vida, que me entreguen su cadáver; o sus huesos... ¡Podría, al menos, enterrarlos!

(Pausa)

Ayer eramos felices y hoy no queda nada. Creía merecer nuestra vida sencilla, en los gratos oficios de cada día, pero crecía alrededor la cizaña y la infelicidad. Todo se ha borrado; uno no sabe nunca nada del mañana.

(Pausa)

(Tirita). Este viento seco es Colombia. Quisiera encontrarlo y abrigarlo, darle leche tibia de vaca, ya que mis senos se secaron. ¡Ay! tierra del carey, tierra funesta, tierra de desaparecidos.

(Pausa)

Levantaré la casa, la rodearé de muros; los esperaré, enfrentaré los bandoleros; no abandonaré mi niño: pelearé con dientes, con uñas, y con palos. De nuevo tendré un refugio donde la vida sea posible. *(Cae exhausta)*.

(Pausa)

(Se levanta) ¿Quién lo protegerá? Vive en el viento, no en la tierra. Ya no es persona, ya no tiene raíz; es sólo miedo y grito; grito que vive en el viento reclamándome, increpándome, llamándome. *(Pausa)*. Correré *(Camina lamentándose)* hasta el precipicio de la tierra *(Corre errática. Sale)*.

(En off). ¡Ay! mi niño, me lo quitaron, me lo mataron.

La voz se aleja. Los huaqueros y el niño quedan con una sensación tristísima.

Valeriano: *(Hace un círculo con el lazo y pasa sobre él, y besa el escapulario de la Virgen del Carmen). Yo había oído de estas historias. Mis padres las contaban (José y Lucho se dan la bendición). Yo también perdí mi pierna en un ataque de los bandoleros cuando era niño... Y este ojo (se lo toca) que vio lo que me iba a suceder y quedó en tinieblas. (Pausa). (Se toma varios tragos de café a pico de botella y se la pasa a José). La verdad: preferiría una botella de aguardiente; se me está metiendo el frío al cuerpo.*

(Pausa)

Es la tercera llorona que yo veo. La primera la vi en Tragedias.

José: *(Intranquilo). Tal vez no sea el momento para contar esas cosas (Le hace un gesto a Valeriano sin que Lucho lo note).*

Valeriano: *(Indiferente)*. Era una campesinita que quedó embarazada y cuando nació la criatura le robaron el niño unos parientes con la complacencia de los padres para ocultar la vergüenza. Se enloqueció. Deambula buscando el fruto de sus entrañas, entre harapos, casi desnuda, y aun así abusan de ella. Lleva años. Al menos no ha vuelto a quedar embarazada. *(Le pasa la botella de café a Lucho quien toma un trago; la tapa con una tusa, y la mete a la mochila)*.

José: *(Cansado. Sin mucho interés)*. En Tragedias...

Valeriano: Por la carretera al mar.

Lucho: Vámonos.

Valeriano: Todos tenemos miedo. El país vive en el crimen; esta no es manera de vivir.

(Pausa)

¡Yo no sé en dónde está Dios algunas veces!

José: *(Se da la bendición).*

Valeriano: *(Mirando a Lucho).* Cada nueva generación cree que parte de cero; no sabe que está amarrada a esa rueda de errores que comete la gente; o que cometemos todos...

(Pausa)

Los mayores querían vivir tranquilos y en paz, pero igual, vivieron en las guerras enterrando a sus muertos, llorando sus desaparecidos, cuidando a sus lisiados. *(Pausa).* No somos mejores ni peores que las gentes de otras épocas; somos los mismos; malos y cariñosos como todos los animales de la tierra.

(Pausa)

Pepé: Yo soy un hombre rústico, no pasé de segundo de primaria, no suelo darme a estas reflexiones, pero en momentos como éstos me lleno de tristeza. Hay cosas claras para el más sencillo de los campesinos, pero que los intereses de la gente mala enreda y confunde, para que el pueblo viva engañado, para su propio beneficio.

Lucho: *(Aburrido y medroso)*. Vámonos. Yo no quiero que esa Llorona vuelva a venir a mirarme; de golpe me lleva. No quiero que me toque. ¡Uy! (tiembla).

Valeriano: La segunda llorona que yo vi, apareció muerta en un potrero de la finca de La Cumbre. Ya tenía escamas en la mejilla, y las pestañas con membranas como aletas de pescado; los pies eran muy anchos y las plantas callosas, duras como cascos de tanto caminar y dejaban una huella como de guayo. Parecía una vieja bruja horrorosa, pero cuando la cogimos para llevarla al cementerio de Manantiales, la sentimos livianita y se veía extrañamente bella, como si ese sufrido cuerpo encerrara un alma limpia, suave y buena, disecada por el dolor.

(Pausa)

Pero, dígame, Pepe, ¿qué vida es ésta? ¿Para qué el sol de cada día y la terrible noche? Y dicen que, para peor desgracia, después de muertas siguen vagando como almas errantes en la otra vida; que entran y salen por la

cárcava sin hallar reposo en ninguna parte, eternamente llamadas por la voz de sus criaturas.

7

EL DIALOGO ENTRE LAS SOMBRAS

(La parte derecha del decorado, sombreada. El escenario en penumbra).

Lucho: Vámonos. ¡Vámonooooos!.

José: Este lugar está encantado.

Valeriano: *(Patético)*. El mayor encantamiento es la vida misma; es muy extraño vivir; es como un cuento fantástico.

(Pausa)

Los nombres, sólo los nombres, salen en busca de personas de las pilas bautismales, de los templos, de las sinagogas, de las estelas, de las lápidas, de los cementerios; los nombres buscan cuerpos y

almas entre los seres del universo, personas, perros, caballos, pájaros y plantas...

Alma de la niña: *(En off)*. Esa alma de mujer busca su hijo.

Valeriano: *(Responde al vacío)*. Preguntaba por un niño...; pero, ¿quién habla?

Lucho toma de la camisa a José.

Alma de la niña: Mi hermano desapareció ese día *(Pausa)* que vinieron por nosotros *(Pausa)*, y por todos los de esta vereda. Esa triste señora fue mi madre carnal.

(Pausa)

Gracias por liberarnos. Al abrir la huaca nuestras almas salieron del pozo; donde estaban cautivas; ustedes desataron nuestras energías prisioneras.

(Pausa)

Gracias por volver a enterrarnos. Ahora podemos seguir a las regiones celestes y cumplir nuestros ciclos segados, tanto en la tierra como en la mente.

Valeriano: *(Solidario)*. Así lo sentimos. *(Valeriano nota su propia tranquilidad)*.

José: *(Motivado por la actitud de Valeriano)*. En eso pensamos; pero, ¿qué les pasó?

Alma de la niña: La violencia los maleó a todos.

José: *(Sube la mirada)*. ¿Por qué no la vemos a usted, sólo su luz?

Lucho no entiende lo que está pasando y tira de la camisa de José, sacándosela del pantalón.

José: *(Reprendiéndolo)* ¡Espérese!

Alma de la niña: Porque somos llamas desencarnadas, almas sueltas... Aunque estoy llegando a una nueva familia.

José: ¿A su mamá por qué sí la vemos?

Alma de la niña: Ella tiene “esa” tarea que cumplir. Parte de su alma está en la tierra, y parte en el sendero de las ánimas. Ella debe terminar; para luego comenzar de nuevo.

José: *(Desconcertado)* ¿El alma no es una sola?

Alma de la niña: Sólo cuando está fundida en la luz, en armonía; si no, reencarna.

(Pausa)

También renazco aquí en la tierra para cumplir el tiempo que me quitaron.

(Pausa)

Es como si fuéramos brotes en ramas del mismo árbol. Como el guayabo: crece, se divide, se subdivide, ramifica y multiplica, brotan sus hojas y caen; almas vegetales que se desprenden del gran tronco de la vida al impulso de la fuerza que nos hace; algunos brotes florecen y dan frutos, otras almas. Así se suceden las generaciones.

(Pausa)

Así lo percibo todo al mismo tiempo, en la nueva situación en que me hallo.

(Pausa)

No hay historia propiamente, sino un horizonte del tiempo donde todo ocurre.

José: No entiendo.

Valeriano: Simplemente sucede; ¿no ves cómo crece la hierba? ¡Crece!

Alma de la niña: Tampoco existe individualidad, somos parte de un todo; parte de eso, “partesos”... *(Pausa)*. Brotes del mismo árbol. *(Pausa)*. Uno no es lo que cree que es. En eso se vive muy equivocado. *(Pausa)*

“Genio y figura hasta la sepultura”, se refiere al temperamento y al cuerpo, pero el alma regresa al mundo de Orfeo; como las aguas que corren por los ríos van a dar al mar y vuelven a las nubes, así las almas regresan a las moradas infinitas y eternas donde habitan.

(Pausa)

Las almas son la fuerza de las semillas, el impulso de los animales, la forma de las cosas con misiones que cumplir... *(Pausa)*. Las hojas se suceden unas a otras, pero deben cumplir las estaciones; que las desprenda el viento del tiempo al término cumplido.

Valeriano: ¿Qué les pasó?

Alma de la niña: Los vecinos por quedarse con la finca: el egoísmo; por eso ellos deben recomenzar abajo y más abajo; con rabo y con pezuñas. No tienen voz; dan berridos.

Lucho: *(Al oído de José).* Vayámonos, ¿sí?

Fondo negro total.

El mechero cae sobre el túmulo, el aceite se riega sobre él y penetra la tierra que cede y se asienta al pozo, y arde como un cuenco en la noche. Por la llama se ilumina de nuevo el decorado inicial, el guayabo, los utensilios de los huaqueros, la mediacaña, el barretón, la pala, el palustre, la brocha, el cepillo, el cubo, el lazo, la polea, las mochilas, la chaqueta, la ruana. Los huaqueros las recogen y se van. José pasa el brazo sobre la espalda del niño y deja la mano en su hombro. El escenario queda en penumbras, la huaca ardiendo. Se escucha “Cabalgando en la noche hasta el amanecer”, de Sibelius.

Final.

Al encender las luces los espectadores caminan sobre un tapiz de hojas secas que cubren el piso de la sala.